

en aprontar su parte ni se sentía cohibido por arriesgar cuanto tuviera a su alcance si llegaba la ocasión, sin reparar en como saldría del atolladero después.

No desentonaba entre los fanfarrones, más bien sobresalía, pero su fanfarronería era natural, quiero decir que carecía de afectación y entre la gente del pueblo era comprensivo y generoso.

Los hombres de la Plaza decían que había que llevar dinero siempre encima para dar señal si se terciaba cerrar un trato y cuanto más mejor.

De hecho ninguno iba desprevenido ni lo ocultaban y Juanillo mostraba a menudo la cartera con todo lo que podía almacenar y tal vez ese rumbo de la ostentación le costó la vida cuando la guerra hizo quebrar todos los resortes morales que antes contenían al hombre y la impunidad dió lugar a que el encono y la envidia se tradujeran en actos de vandalismo o de salvajismo feroz y la codicia por aquella cartera tan abultada y aquellos bolsillos de duros que levantaban la faja, sosteniendo el peso de la ancha cadena



Esta actitud, despechugada, de Juanillo, era muy típica en él. Nadie comprendería a Juanillo arropado o encogido ni se le vió jamás con abrigo y menester era que cayeran chuzos de punta para que sacara una media bufanda sobre puesta en los hombros y cruzada del embozo, dejándole, las manos sueltas que necesitaba para bracear, para manejar la tagarín y para llevar el moquero de la faja al hocico y del hocico a la faja las infinitas veces que la mascarria del tabaco se lo hacía menester, una de ellas al hacerse esta fotografía, porque tiene los labios apretados como siempre que acababa de limpiarse. Su natural era con la boca abierta a que le obligaba su defecto respiratorio de aire familiar.

Todos los cortos de resuello (respiradores bucales), tienen la misma preocupación por cerrar la boca en los momentos señalados y de ella no se vió libre Juanillo a pesar de su carácter expansivo, porque es un gesto casi instintivo y precisamente lo único que le quita naturalidad a quien tuvo la llaneza por noble ejecutoria de su vida, si bien una llaneza complicada, nada sencilla y por demás fantástica.

de hilos y broche de plata, con gran colgante del mismo metal, debió tentar la ambición desalmada que arma los brazos de los salteadores sin reparar en el sacrificio de las vidas para apropiarse los caudales que no supieron ganar.

Y así acabó y por esta probable causa, la majeza noble y generosa de Juanillo Junquillo cuyo anecdotario podría llenar muchas páginas de esta publicación, desde que apareció en la Plaza de chiquitín, como el gorrino de S. Antón, teniéndola por escuela y por dispensa, hasta que se posesionó de la Posada de la Cayetana y se

hizo el mejor postor y rematante de los consumos, figura cumbre de todo el recinto.

Juanillo, sin tener donde caerse muerto, parecía destinado a servir a los placeres, pero él vió enseguida, siendo un mal muchacho, que debía ser placero él en lugar de criado de los placeros y ya fecundado su temperamento por el rumbo de la Plaza, de la fantasía de ser y de tener, se fue haciendo con los bo-